

Necesidad de una Segunda Independencia*

Por Arturo Andrés ROIG

CADA VEZ MÁS imperiosamente se impone la necesidad de una Segunda Independencia. Con esto, como luego veremos, no vamos a ser novedosos, simplemente vamos a retomar, desde nuestra época y nuestras actuales circunstancias, una lucha tantas veces convocada.

1. Hacia el rescate de nuestros símbolos

ANTES de ocuparnos expresamente de una cuestión que tan angustiosamente nos congrega, tendremos que hablar del necesario rescate de categorías y de símbolos, así como de nuestra vergonzosa y hasta humillante situación de dependencia. La recuperación que he mencionado no es fácil, ya que habrá que hacerla desde el desmontaje de un discurso inconsistente y tendremos que regresar a cuestiones densamente discutidas en décadas pasadas y que han sido sumergidas en el olvido. Tulio Halperín Donghi dijo en 1999, refiriéndose a este sistemático olvido, que “de la teoría de la dependencia no se habla más”.¹

Comenzaremos con aquel rescate de símbolos, mas para ello no podemos evitar el recuerdo del hecho indigno que significó la compra del voto de un grupo de senadores con dineros reservados del Poder Ejecutivo de la Nación, para lograr la mayoría que necesitaba el Senado con el objeto de aprobar esa ley profundamente antinacional, la llamada de “Desregulación del trabajo”, exigida por el Fondo Monetario Internacional y que provocó, en su momento, la renuncia del vicepresidente de la Nación; todos tenemos igualmente presentes los bochornosos manejos llevados a cabo entre el Poder Ejecutivo y el Congreso nacionales para modificar la Ley de Quiebras, así como para obtener la derogación de la Ley de Subversión Económica, exigidas ambas también por el Fondo Monetario y con el fin abiertamente

* Esta conferencia fue leída, primero, ante los integrantes del Comité de Opinión Ciudadana de Mendoza, en el Aula Magna de la Universidad Tecnológica Nacional y luego, en el Espacio Alternativo Universitario de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, ambas durante el transcurso del año 2002.

¹ *Clarín* (Buenos Aires), 1-ix-1999.

declarado de asegurar la impunidad de capitalistas y banqueros comprometidos con el saqueo de la Nación.

Pues bien, en esta tierra en que la impunidad viene creciendo desde que regresamos a la democracia, con las leyes de Obediencia debida, de Punto final, de amnistía e indulto de delincuentes responsables de crímenes atroces y aberrantes, del sobreseimiento de causas, como la iniciada en su momento contra los responsables de una deuda externa reconocidamente fraudulenta, hay todavía voces que se muestran con dignidad.

Quiero hablar de la señora Alicia Castro, diputada nacional, y de su valiente gesto ante la conducta indigna, deshonrosa y humillante de la mayoría de diputados que votaron la modificación de la Ley de quiebras. Dijo la señora Castro en esa ocasión: “Si el Congreso se va a limitar a ser la escribanía del Fondo Monetario Internacional, si esto va a seguir siendo así, yo sugiero que los responsables sean honestos y arrien la Bandera Nacional y procedan a seguir legislando con esta bandera”. “Y casi sin respirar — comenta un periodista — se puso de pie con la insignia norteamericana en sus manos. Seguida por su compañero de bloque, Alfredo Villalva, se dirigió hacia la presidencia del cuerpo. Allí, al alcance de la mano de Camaño (el presidente de Diputados) dejó el estandarte de las barras y las estrellas”.²

Gesto y palabras cargadas de valor simbólico, movidas por un sentimiento de indignación, de dolor y también de humillación, que tienen como referente una patria vulnerada y conculcada. Debemos confesar que durante muchos años hemos evitado las invocaciones a la patria y sus símbolos, por el temor de caer en un patriotismo cursi o presuntuoso, o simplemente por no incurrir en el nacionalismo de sectores reaccionarios, olvidándonos que la patria tiene otros valores semánticos y que, también por ello, es palabra de libertad y de dignidad.

La patria la invocaban ya nuestros escritores del siglo XVIII y la palabra aparecía siempre en el discurso colonial, en particular en relación con protestas contra la situación de marginación en que la Metrópoli mantenía a sus colonos. Se trataba de una patria invocada desde una voluntad de autonomismo y que implicaba una crítica al poder metropolitano. Más tarde la patria adquirió un sentido distinto en el discurso revolucionario, ya claramente separatista. Tal es el uso de la palabra en Simón Bolívar, en San Martín y, por cierto, en todos los libertadores de ayer y de hoy.

En el célebre juramento de Bolívar en el Monte Sacro, en Roma, el 15 de agosto de 1805, la palabra *patria* tenía un significado decidida-

² *Página 12* (Buenos Aires), 10-v-2002.

mente liberador, más allá de los orígenes sociales de quien hacía el juramento. Dirigiéndose a Simón Rodríguez, su amado maestro, dice: “Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que se hayan roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.³ En estas celebérrimas palabras aparece en lugar prominente la palabra *patria*, escrita en uno de los discursos fundadores de la narrativa independentista americana, el discurso de la Primera Independencia.

También, dentro de ese mismo discurso usa el término Mariano Moreno años más tarde, en 1810, en una frase llena de dolor: “¡Patria mía, cuántas mutaciones tienes que sufrir!”.⁴

Lógicamente, como sucede en todas las palabras que tienen un cargado peso semántico, ésta, la de *patria*, ha sido referente usado de muchas maneras. Hemos hablado de su uso entre los autonomistas del siglo XVIII como en los independentistas del siglo XIX. En este último siglo, en particular en su segunda mitad, las oligarquías instaladas en nuestras tierras hicieron de la palabra una pieza ideológica de su propio discurso, que fue tanto más “patriótico” cuanto más reaccionario y antipopular. Basta con tener una idea de lo que fue la llamada “Liga Patriótica Argentina” para saber de ese “nacionalismo”. Y fue por eso, porque fue arma de la oligarquía, que los obreros de fines del siglo XIX, en particular anarquistas y socialistas —la mayoría, además, humildes inmigrantes— rechazaron el uso del término. Y tenían razón: había quedado infectado y resultaba inutilizable como principio de integración social.

La patria en manos de una burguesía que disponía de toda la fuerza del Estado, que controlaba la propia historia nacional como algo de su exclusiva pertenencia, le servía a esa burguesía, además, para categorizar los sectores sociales en relación con el ejercicio de aquel poder. Frente a la “patria” estaba la “antipatria”: los anarquistas y los socialistas, los comunistas, en fin, los obreros en general en tanto luchaban por una inserción social dentro de formas plenas de reconocimiento.

Marx había dicho que los proletarios no tienen patria y tal afirmación fue usada para justificar y fundar el rechazo del término. Pero las palabras de Marx se hubieran podido —y se pueden— entender de otra manera. No afirmó tal cosa: simplemente quiso decir que los proletarios no

³ Simón Bolívar, *Escritos del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 4.

⁴ Mariano Moreno, *Plan revolucionario de operaciones*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1975.

tenían patria porque los burgueses se la habían apropiado. Se trataba, pues, de rescatarla. El internacionalismo unía patrias, no las negaba, pretendía integrarlas sobre otras bases. Frente a él los nacionalismos de derecha, los de los amos de la tierra, atomizaron las patrias y las prepararon para su recolonización, porque así como hay, según hemos anticipado, una tradición de independencia inconclusa, hay asimismo otra, según la cual hemos sido neocolonias sucesivas. Y razón tuvo en su momento Abelardo Villegas en hablamos de nuestra América, la de nuestros días, como sometida a una “segunda conquista”.⁵

Ahora bien, en todos los usos de *patria* que hemos dibujado brevemente desde el siglo XVIII hasta nuestros días, el concepto ha mostrado permanentemente tres funciones, y el modo como han sido puestas en ejercicio ha determinado sus alcances. Ellas son la de “inclusión”, “marginación y “exclusión”. Podríamos decir que la patria ha sido un juego constante de inclusión, marginación y exclusión, con las modalidades que los tiempos históricos y las condiciones sociales y económicas le han impuesto.

La marginación y la exclusión tuvieron fuerza dentro de un discurso racista y a la vez europeizante; la integración fue, en general, elemento significativo en el discurso americanista. No hablemos de los primeros. Recordemos los segundos: Artigas, los hermanos Carrera, Francisco Solano López, Felipe Varela. Todos ellos americanistas. La historia de la construcción de nuestra nación, de nuestra patria, ya la hemos hecho, y hemos mostrado cómo las exclusiones acabaron en el genocidio.

Un tratamiento particular requiere la categoría de “marginación”. En general, durante todo el siglo XIX y el XX, los sectores populares fueron sistemáticamente marginados por las oligarquías. Marginación respecto del poder político, pero también y en general de todas las demás posibilidades de la vida. El sociólogo venezolano Alejandro Moreno ha observado, sin embargo, que la marginación es, a pesar de todo, una situación abierta a una cierta esperanza en cuanto no hay propiamente entre los incluidos y los marginados la muralla que se levanta cuando se trata de exclusión.⁶

Cabe que nos preguntemos ahora qué es esa “patria” representada en un símbolo, para nosotros los argentinos la bandera azul y blanca con su sol incaico resplandeciente, insignia que Alicia Castro entiende que está de más en el recinto del actual Congreso de la Nación y que

⁵ Abelardo Villegas. *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1972. cap. III

⁶ Edgardo Lander, comp., *La colonialidad del saber*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, p. 163

de ser consecuentes los llamados “representantes del pueblo” deberían cambiarla por la enseña del imperio del Norte.

Indudablemente para aquellos que creen en los efectos del mito de la “globalización”, fenómeno que habría acabado ya con las naciones, no tiene fuerza alguna. Para nosotros sigue siendo positivo y, básicamente, símbolo de inclusión y no de marginación, y menos aún de exclusión.

Como surge de las palabras de Simón Bolívar, la patria tiene que ver con nuestros padres, es la “madre patria”, tal como ellos la llamaron y desde la que también soñaron con una patria mejor. Es, pues, en cuanto ámbito construido y reconstruido, y por eso mismo, un *ethos* que se juega, en cuanto tal, entre el ser y el deber ser. Es el referente identitario lejano, añorado, en relación con el cual se elabora la dolorosa experiencia del exilio, es el conjunto heterogéneo de paisajes que gozamos como riqueza compartida y propia; es la ciudad, el campo, la montaña, nuestra ciudad, nuestro campo, nuestra montaña; es, en fin, el punto de apoyo de nuestra resistencia y de nuestra protesta; es, volvamos a lo dicho, un ser transido de deber ser, construido desde nuestra interna diversidad humana, tan colorido de paisajes como de historia, transido de miserias y surcado de cicatrices. Hay, pues, una patria que juega como ideal y que es a la vez sentimiento y, muchas veces, sentimiento de dolor profundo y cuya categoría básica es la de inclusión en una humanidad y en una tierra, aún cuando la patria real haya sido construida de marginaciones y de exclusiones.

No dejemos de mirar, pues, en esa patria real, tal como la sufrimos en nuestros días, una patria de marginación y de exclusión que repite una experiencia de muerte celosamente encubierta por la historiografía liberal desde el mitrismo y aun desde esa historiografía autodenominada “rerevisionista”. A partir de la década de los veinte del siglo xx, la exclusión fue transformándose en la categoría obsesiva de los detentadores del poder. ¿Qué fueron en la segunda mitad del siglo nuestros atroces campos de concentración donde fue asesinada una generación de muchachas y muchachos argentinos? ¿Qué fueron los inimaginablemente crueles “vuelos de la muerte” denunciados por un homicida arrepentido? Evidentemente, expresión brutal de la exclusión. El neoliberalismo disfrazado de democracia continuó su tarea. Está claro que el capitalismo no implica necesariamente la democracia, pero puede disfrazarse de ella. Una esquizofrenia social profunda ha dividido a los seres humanos en este nuevo mundo colonial mundial que nos ha tocado vivir: por una parte, los que el sistema necesita, en función de su enloquecedora carrera de acumulación de capital y de poder militar y, por la otra, los seres

humanos excedentes, los que están de más, la sociedad sobrante que Von Hayek pone en la “cuenta de la muerte”. Los marginados no están fuera, están en todo caso en los bordes del sistema que es, a pesar de todo, una manera de pertenecer al mismo. Pero la exclusión generada desde las formas salvajes del capitalismo es simplemente una manera de morir.

2. *Los múltiples rostros de la muerte*

LA muerte no tiene una sola cara. Morir es también perder los modos de construir nuestra identidad, tal como les sucede a aquellos que pierden su inserción laboral, con lo que se destruye o se afecta gravemente su integración en la sociedad y se genera una fragmentación que apaga la protesta y convierte a la democracia en un absurdo. En noviembre de 2001 se denunciaba, precisamente, que el ritmo del desempleo era de 200 000 personas cada doce meses; que teníamos ya 2 100 000 desocupados, 2 000 000 de subocupados y 3 000 000 de asalariados “en negro”, vale decir, sin beneficios sociales, en estado de absoluta inestabilidad laboral y de desamparo, a más de salarios según la voluntad de los empleadores. “Estos datos —se decía— ilustran la desintegración en la que estamos inmersos. Aunque pareciera que a nivel oficial se agregaba—nadie se da por enterado, nadie asume la responsabilidad. Es como si la problemática que hoy enfrentamos hubiera surgido espontáneamente y no por obra de los ministros de economía y de los gobiernos de la última década”.⁷

En abril de 2002 se decía que había un millón y medio de nuevos desocupados y que el desempleo estaba creciendo a razón de 125 000 por mes; en julio del mismo año se denunciaba que “en los últimos seis meses 1 100 000 personas se agregaron a la vasta legión de los sin empleo, a razón de 133 000 mensuales”;⁸ en esa misma fecha se denunciaba que la mitad de la población “vive por debajo de la línea de pobreza”, o sea, 18 000 00 de seres humanos en un país de 36 000 000 de habitantes;⁹ por último, el 26 de julio de este año, día de duelo y que pasó sin mayores comentarios en la prensa periódica, se dio la noticia de que la desocupación había alcanzado la más alta tasa de la historia, 21.5%. Se aclaraba que, conforme a ese porcentaje había 3 036 000 desempleados y que de los que tienen trabajo, 3 000 000 ganan menos

⁷ Daniel Muchnik, “El pesado lastre del desempleo”, *Clarín*, 25-xi-2001.

⁸ *Clarín*, 1-vi-2002.

⁹ J. Bermúdez, “La desocupación”, *Clarín*, 1-vi-2002.

de 200 pesos por mes, es decir, escasamente 55 dólares. Se decía, además, que hacia mediados de 2002 se habían perdido 755 000 puestos de trabajo.¹⁰

Pero dentro de los pobres se encuentra esa otra categoría, la de los indigentes, un círculo más abajo del infierno social que en 1999 alcanzaban a los 3 000 000 y de los cuales casi la mitad eran infantes,¹¹ en los que siempre recae todo el peso del deterioro social; unos meses antes se había denunciado que casi la mitad de los niños de 14 años vivía en lugares miserables¹² y casi un año después se informaba que había zonas en el país en las que la desnutrición infantil llegaba a 70%.¹³ Se calculaba entonces que diariamente morían 50 criaturas por causa de enfermedades previsibles y curables, a más de hambre. Agreguemos a esto que ha surgido, además, en todo el país, el llamado “robo famélico”.

A todo esto agreguemos la “deuda externa”, la actual, contraída inicialmente cuando era ministro de economía de la dictadura militar, a partir de 1977, José Martínez de Hoz, delincuente económico sobreesido por jueces que dejaron prescribir la causa. Esa deuda había llegado, en el año 2000 ya a 180 000 millones de dólares¹⁴ y su pago de intereses, nada más que de intereses, era de 35 millones de dólares diarios.¹⁵ A pesar de que el capital de la deuda ya está pagado y se están pagando actualmente intereses de intereses, la deuda sigue creciendo. No hablemos de la clase media o de los que alguna vez pertenecieron a ella, cuyos ahorros han sido salvajemente saqueados; no hablemos tampoco de los jubilados, otro de los capítulos sombríos de la Argentina neoliberal, mientras que el Congreso de la Nación sanciona la ley de impunidad para los banqueros que entre febrero y noviembre de 2001 sacaron del país no menos de 25 000 millones de dólares de las reservas monetarias argentinas.¹⁶

¿Qué decir frente a este panorama deprimente y a la vez indignante? ¿Vamos a confesar que es inevitable resultado de la única opción posible? ¿Vamos a superar la situación repartiendo limosnas para impedir la explosión social y, paralelamente, vamos a hacer crecer amenazadoramente las posibles fuerzas de represión? ¿No deberíamos cambiar actitudes y posiciones a partir de la afirmación de que sí hay reales

¹⁰ *Clarín*, 26-vii-2002.

¹¹ *Clarín*, 12-ix-1999.

¹² *Clarín*, 13-vi-2002.

¹³ *Clarín*, 6-ix-2000.

¹⁴ *Clarín*, 13-viii-2000.

¹⁵ *Clarín*, 24-ix-2000 y 13-x-2002.

¹⁶ Horacio Verbitsky, “El viejo sueño de lindar con Europa”, *Clarín*, 2-vii-2002.

alternativas? Es urgente asumir nuestra dignidad perdida, abandonar la humillación cómplice y rechazar la actual situación de dependencia en la que nos movemos; en fin, dar por agotados moral e históricamente los actuales partidos políticos a partir de una modificación sustancial de la estructura de la partidocracia, convertida actualmente en un mercado, y establecer formas de representación desde los ideales de una democracia participativa.

3. Hacia un rearme categorial: el imperialismo

Nos ocuparemos ahora de algo que tiene particular importancia en relación con la Segunda independencia, a saber lo que hemos caracterizado como un rearme categorial.

Durante la década que se abrió a partir de la “caída” del Muro de Berlín, se profundizó en Occidente y en los países que estamos de un modo u otro insertos en el “mundo occidental”, por parte de muchos, la pérdida de fe en la razón como principio ordenador de las cosas humanas, descreimiento y escepticismo que ya había tenido sus inicios con las experiencias de la segunda Guerra Mundial y entre ellas, muy particularmente, el conocimiento de los campos de exterminio de la Alemania nazi. El derrumbe del socialismo real que acabó con la Guerra Fría se presentó como una prueba más del error y desacierto de la intervención en la marcha de los procesos económicos y sociales y, paralelamente, de la verdad de las doctrinas liberales del mundo capitalista occidental, las que se impusieron como única alternativa. Además, con la caída del Muro, cayeron los referentes del discurso socialista, conjuntamente con el desplome de un Estado autoritario y tiránico que había concluido siendo la negación de un socialismo con rostro humano. Así, pues, ante la única alternativa, tesis aceptada al margen de actitudes críticas, surgió una posición doctrinaria caracterizada por aconsejar un discurso “blando” y de “renuncia” de aquella “razón”, en algunos tal vez sin malas intenciones, pero en otros, los de más peso, con la difícilmente disimulada intención de asegurar un desarme de conciencias, en concordancia con las políticas de fragmentación y de desregulación promovidas por los gobiernos neoliberales de las potencias capitalistas detentadoras únicas del poder mundial. Poniendo en juego argumentos retóricos más que propiamente filosóficos, organizaron un discurso de renunciamiento que bordeaba la inmoralidad en cuanto proponía como conveniente un “ablandamiento ético”, así como un rechazo de lo que calificaron como “morales duras”;

que predicaba un hedonismo afín al consumismo promovido por las multinacionales y que hablaba de lo oportuno de renunciar a posiciones “fuertes” y de entregarse, paralelamente, a un pensamiento “débil” fundado todo en una “pérdida de certidumbres” imprecisa y, las más de las veces, sin fundamento; que practicaban el abandono de toda crítica y, en fin, por no extendernos, que aconsejaban sin más la aceptación de lo vigente, la conciliación y la resignación.

Lo que causaba temor a estas gentes era la razón, a la que acusaban, repitiendo una vez más un discurso ajeno, de contener un “funesto espíritu de dominación”, que había signado toda una época, desde Descartes en adelante y que ahora —gracias a este pensar “ligero”, “sutil”, “leve”, “tenue”, “delicado” y hasta “gayo” y “alegre” y sin caer en el irracionalismo— se había logrado encontrar el modo de sujetar al indómito *logos*.

Pues bien, este conformismo moral con tan poca sustancia humana no podía sino promover un quiebre de conciencias paralelo, no casualmente con las políticas promovidas por el neoliberalismo a nivel mundial. Fue, además, una filosofía, si se la puede llamar tal, pensada para la vida de consumo de sociedades de alto nivel económico y planteada en términos de un hedonismo vulgar y cuyo símbolo, como hemos dicho alguna vez, ha sido el carrito de supermercado.

El avance de los resultados devastadores del neoliberalismo en el mundo —hemos hecho precisamente un panorama de la situación argentina que no es diferente a lo que sucede, por ejemplo, en Brasil— ha dejado sin discurso, al fin, a estos doctrinarios y otro tanto han hecho las interminables guerras que se han sucedido sin respiro desde la “caída” de aquel Muro y que fue el detonante de ensayistas como Vattimo y Lipovetsky, quienes pronto, en particular el segundo, habrán pasado al olvido.

Hemos hablado de la necesidad de un rearme categorial. La acción de la que estamos hablando es seria. Se trata de alcanzar una posición de compromiso y responsabilidad moral, no con lo establecido, sino con lo que lealmente entendemos que es la verdad. Mas no será desde la deplorable propuesta que hemos comentado desde donde vamos a plantear el rearme, ni de otras de parecido talante. Rescatar categorías, trabajadas entre nosotros en niveles respetables y no desde ahora, dentro del cauce de una tradición elaborada a lo largo de todo nuestro mundo iberoamericano y como lo hemos sabido hacer tantas veces, abiertos al mundo, desde nuestro mundo. Rescatar todos los conceptos axiales relativos a nuestras ciencias humanas, recuperar junto con ellos a estas mismas ciencias en el campo de la moral, de la política, de la

economía y de las relaciones y diferencias sociales y de género. Con lo que estamos diciendo que vamos a botar al desván de los trastos inútiles la malhadada preposición “post”, así como la trivial moda “postista” con la que se ha acompañado el discurso de las ciencias humanas.

Pues bien, en nuestros días es justamente, en polémica con las últimas manifestaciones de autores que militan dentro de la tendencia que hemos caracterizado, cuando se ha sentido la necesidad, ya impostergable, de poner en movimiento el rearme categorial del que hemos venido hablando.

Lo que vamos a comentar se relaciona con la aparición del libro *Imperio* de Michael Hardt y Toni Negri, en el mes de marzo del 2000.¹⁷ Pues bien, estos autores, ambos de Massachusetts, desde una típica posición “posmoderna”, entienden que se habría producido el paso desde un “imperialismo clásico” hacia una fase superior a la que denominan simplemente del “imperio” y afirman, para justificar la tesis, que mientras el primero, a saber el “imperialismo clásico”, todavía corresponde a la “modernidad”, el siguiente, el “imperio”, sería sin más un fenómeno “posmoderno”.

Se intenta, pues, poner nuevamente en circulación una palabra, la de “imperio”, que estaba dentro de las categorías “duras” impugnadas, por eso mismo, desde un “posmodernismo”, que da de ella una versión “posmoderna”. ¿Y cómo se logra? Pues “ablandándola”, incorporándola en el seno de un “pensamiento débil”: la globalización —que al parecer es también para ellos un fenómeno “posmoderno”— ha tenido la virtud de limar las aristas duras de la vieja categoría, al haber descentrado el poder diseminándolo. Esto se habría producido como consecuencia de la inevitable declinación de los Estados nacionales, por su incapacidad de gobierno y control sobre sus propios territorios, así como la ubicación de los centros de decisión en esferas supranacionales “difusas”.

La principal categoría con la que se pretende caracterizar al “imperio” es la de “poder difuso”: los intereses dominantes no tendrían un centro único, ni habría un país en particular desde el que se ejerciera el poder mundial, ni siquiera Estados Unidos. La categoría de “pueblo”, la cual ya ofrecía dificultades que habían llevado a su abandono, vuelve a ser expulsada por obra de estos autores. La contraparte de aquel “poder difuso” no la integran los “pueblos” (articulados en un Estado-nacional), sino otra categoría “difusa”: la de “multitud”.

Y así, pues, nos enteramos que en la medida en que está expandida por todo el planeta, la “multitud” lo cubre; uno de los motivos de la

¹⁷ Michael Hardt y Toni Negri, *Empire*, Cambridge, Harvard University Press, 2000.

fuerza que se le supone radica en la diversidad y la heterogeneidad; se le atribuye la capacidad de “golpear” al poder del “imperio”, que, por lo demás, también es “difuso”. Del cuadro de ciencia ficción en el que aparece pintada la imposible definición de “imperio”, de la “difuminación” que se practica tanto con el “poder” como con la “multitud”, se pasa a la confusión. Lo difuso se vuelve confuso.

El juicio de James Petras es lapidario:

Imperio, el libro así titulado, es una síntesis generalizada de banalidades intelectuales sobre la globalización, el posmodernismo, el posmarxismo, unidos todos por una serie de argumentos y suposiciones no fundamentados que violan seriamente las realidades económicas. La tesis sobre un “postimperialismo” del libro *Imperio* no es novedosa, no es una gran teoría y explica poco el mundo real. Más bien es un ejercicio vacío de inteligencia crítica.¹⁸

No menos acertadas y fuertes son las observaciones que ha hecho Atilio Borón en su libro escrito como respuesta, titulado *Imperio e Imperialismo*.¹⁹ Las refutaciones que expone, todas pertinentes y fundadas, son:

a) La idea de que el viejo imperialismo fue superado por la construcción “posmoderna” de otra estructura a la que se denomina “imperio”, sin más, no está probada. La supuesta “nueva” lógica global del “imperio”, sus actores fundamentales, sus instituciones, normas, reglas y procedimientos son los mismos que existían en la etapa anterior del “imperialismo” moderno. Las empresas transnacionales de base nacional, los gobiernos industrializados y las instituciones decisivas (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio) son idénticas. Las reglas del sistema internacional siguen siendo las que se dictan principal y férreamente desde los centros de poder de los Estados Unidos.

b) La “fuerza imperial difusa y omnicompreensiva” —que ejerce su poder sin apelar a las viejas prácticas coloniales y en nombre de un derecho universal— es simplemente una fantasía creada por estos “posmodernos” y “posmarxistas”. Lo que hay es una renovada presencia imperialista de la primera potencia del mundo, que no vacila en anteponer y exhibir sin escrúpulos sus intereses nacionales por sobre cualquier otra consideración. Lo que es evidente es la naturaleza fuertemente Estado-céntrica del imperialismo vigente, que tiene nombre propio y cuyo colonialismo no se aleja de las formas colonialistas conocidas, vale

¹⁸ Mabel Thwaites Rey, “El imperialismo que vos matáis goza de buena salud”, *Clarín*, 19-v-2002.

¹⁹ Atilio Borón, *Imperio e Imperialismo*, Buenos Aires, CLACSO, 2002.

decir, de la relación entre un Estado dominado y un Estado sometido, con la presencia más o menos explícita del poder militar.

c) El “imperio” tal como es caracterizado, como un ente difuso, sin núcleos de poder perfilados, tiene otros problemas no resueltos: carece de contradicciones estructurales sobre cuya base se debería intentar comprender su desarrollo, a más de ejercer el poder de un modo difuso y confuso, mostrando una especie de homogeneidad sin posibles alteraciones. La única amenaza que pesa sobre el fantasma al que denominan “imperio” es, a su vez, otro fantasma: la “multitud”. ¿Cómo una categoría difusa como la de “imperio” podrá ser afectada por otra no menos borrosa, la de “multitud”? La protesta, así como la rebeldía, se resuelven asimismo en conductas difusas y el imperio, el imperio real y no el fantasmagórico, sigue gozando de buena salud. Y tiene nombre propio.

d) La protesta y las luchas sociales, dentro y fuera del Estado, no pueden ser entendidas cabalmente desde la categoría de “multitud”. Cualquier forma de oposición al régimen ha de tener una base social y una organización política, de lo contrario estaremos ante una oposición abstracta, sin eficacia alguna. La tesis acerca del papel de la “multitud” supone un regreso ciertamente vulgar a las doctrinas de un libro hace ya mucho tiempo superado en nuestra tradición de pensamiento social, *Las multitudes argentinas* (1899) de José María Ramos Mejía.

El economista inglés Alan Freeman —citado precisamente por Alicia Castro— afirma que estamos abiertamente ante un caso de colonialismo, muy próximo al colonialismo clásico de los años 1893 a 1914. Para él, el discurso del Fondo Monetario Internacional y de otros organismos que dependen del control norteamericano “es un regreso al periodo del imperialismo clásico” de los años mencionados. Se trata —dice— “del mismo discurso, los mismos métodos, el intento de dominar regiones utilizando acciones de guerra e instrumentos financieros”.²⁰

Los términos “imperio” e “imperialismo”, que habían sido borrados del discurso por demasiado “duros”, han comenzado a circular por la necesidad misma de los procesos mundiales y no como lo pretenden los últimos supervivientes del posmodernismo.

4. La necesaria defensa de la universalidad

DENTRO del urgente programa de rearme categorial nos ocuparemos ahora de los conceptos de “independencia” y “emancipación”. Lo

²⁰ Alan Freeman, “Para los Estados Unidos la dominación es más importante que la paz”, *Los Andes* (Mendoza), 12-v-2002.

haremos sobre la base de la crítica a la modernidad hecha por el filósofo francés Jean-François Lyotard, para ocuparnos luego de otros posmodernos.

Conocido es el papel desempeñado por Lyotard dentro del panorama de la filosofía europea actual. Es importante, para una mejor comprensión de algunas de sus posiciones teóricas, tener en cuenta sus motivaciones profundas, que tienen raíces anteriores a la “caída del Muro de Berlín” que tanto ha impactado sobre otros. Nos referimos a los acontecimientos de la década de los cuarenta del mismo siglo. Dos hechos atroces debemos mencionar: los horrores de los campos de muerte de los nazis —el más pavoroso y espectacular de los cuales parece haber sido el de Auschwitz—, de los que se tuvo amplio conocimiento a partir de 1945, y las explosiones nucleares que arrasaron las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, uno de los actos de terrorismo más grandes de la historia humana, que tuvieron lugar en el año ya citado. Pues bien, en particular fue la experiencia de Auschwitz la que movió a Lyotard a la pregunta sobre la cultura occidental moderna y a la teoría acerca del fin de un largo periodo histórico, la modernidad, y del surgimiento de una nueva etapa, la “posmodernidad”.

Pues bien, para Lyotard, el pensamiento y la acción de la modernidad occidental euroamericana, desde sus inicios, pero marcadamente ya a partir del siglo XVIII con la Ilustración y luego en los siglos XIX y XX, han estado regidos por la Idea de “Emancipación”. Nos aclara que esa “Idea” tenía los caracteres de las “ideas reguladoras”, tal como Kant caracterizó a ésta y otras que estuvieron acompañadas, algunas de ellas particularmente y tal como el mismo Kant lo hace, de una filosofía de la historia. El papel que desempeñaba esa filosofía era ciertamente importante en cuanto cumplía la función de validación de la Idea y su proceso. Estuvo además y está acompañada dicha Idea de “Emancipación”, siempre, por una exigencia de “universalidad”, a tal extremo que la emancipación misma deja de serlo si no es pensada como universal. Los ideales que puso en movimiento la modernidad apelaban, pues, necesariamente, a la razón.²¹ Ahora bien ¿qué se ha perseguido con la idea reguladora de “Emancipación”? ¿Cuál es su contenido o su objeto? Pues la extensión de las libertades políticas, de las ciencias, de las artes y de las técnicas, que permitan precisamente a la humanidad emanciparse del despotismo, la ignorancia, la barbarie y la miseria. Sobre esa Idea incorporada en una filosofía de la historia (la “Filosofía de la Historia Universal de la Emancipación”, que tuvo su

²¹ Jean François Lyotard, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, Gedisa, 1987, p. 111.

más impresionante “relato” en los textos de Hegel) se nos ha enseñado a legitimar todas esas libertades y posibles progresos ansiados.

Así, pues, la modernidad ha sido impulsada en su desarrollo por una serie de ideales de carácter práctico racional, y por eso mismo universales, a los que hemos aprendido a legitimar desde grandes “relatos” adecuados a las épocas y según los acontecimientos.

Pero ¿qué ha sucedido? Los primeros escritos de Lyotard contemporáneos al movimiento del “posmodernismo”, a fines de la década de los cuarenta, están todos movidos por la misma cruel experiencia vivida por los integrantes de la Escuela de Frankfurt, en particular Adorno y Horkheimer. “Mi argumento —decía por su parte Lyotard— es que el proyecto moderno no ha sido abandonado, ni olvidado, sino destruido, liquidado”. “Hay muchos modos de destrucción —agregaba— y muchos nombres les sirven de símbolo de ello: Auschwitz puede ser tomado como nombre paradigmático de la ‘realización trágica’ de la modernidad”. Así, pues, lo que abre una época y hace concluir otra es —nos dice— “un crimen”, un hecho atroz y aberrante.²²

Y si la modernidad cifró todo en el valor y peso de lo universal (sin lo cual no podemos entender ni realizar un proyecto de “emancipación”) nada más evidente que la falsedad del aforismo hegeliano: “Todo lo real es racional y todo lo racional es real”, cuya pretensión de verdad ha sido brutalmente desmentida por los campos de concentración. Y otra prueba no menos evidente del embuste de la “universalidad” de aquella “Emancipación” la tenemos, según nos lo dice asimismo Lyotard, “en el empobrecimiento de los pueblos del Sur” y “el enriquecimiento de los del Norte”.²³ Así, pues, la posición final de Lyotard será de rechazo: “Ya hemos pagado suficientemente —dice— la nostalgia del todo y de lo uno, de la reconciliación del concepto, de la experiencia de lo transparente y comunicable [...] La respuesta es: *guerra al todo*, demos testimonio de lo impresentable, activemos los diferendos” con lo que nos quería decir que debíamos estar abiertos a la realidad como “acontecimiento”. El “diferendo” al que se refiere es el que se da —según él entiende— entre el discurso de la modernidad que se organiza “sobre categorías conocidas” y “totalidades” y el que entiende que está emergiendo y en el que no se trabaja “con reglas establecidas” y “totalidades”, sino con “acontecimientos”, es decir, “realidades que tienen valor de iniciación en sí mismas”.²⁴

²² *Ibid.*, pp. 30-31.

²³ *Ibid.*, pp. 40 y 98-110.

²⁴ *Ibid.*, pp. 105-108.

Así, pues, Lyotard caracteriza a la modernidad como una época, en particular desde el siglo XVIII y luego muy especialmente en los siglos XIX y XX, de la emancipación de los pueblos, principio que lógicamente no podía ni puede entenderse sino como universal. La Revolución de independencia de los Estados Unidos (1776), la Revolución Francesa (1789-1792), la Revolución de Haití (1804), la Revolución de independencia de Hispanoamérica (1824-1898), la Revolución de independencia de las naciones árabes y las negras de África (segunda mitad del siglo XX) y la Revolución de independencia de los países del Sudeste asiático, en la misma época, junto a otros casos que no citamos, constituyen una prueba del peso histórico que ha tenido para la humanidad moderna el impulso emancipatorio.

Mas he aquí que todo ese gigantesco y complejo movimiento lo considera fracasado en cuanto que ha sido obra de la razón con su ímpetu inevitable de universalidad y ésta, en la medida en que borra o ignora al “acontecimiento” —lo particular, lo fragmentario, lo otro— esconde el *terror*. Esa razón que impulsó a la emancipación universal es la misma que se ha puesto al descubierto en Auschwitz, en donde lo verdaderamente “universal” fue la muerte.

Toda intención totalizante, aun cuando se presente arropada de buenas intenciones, es, pues, para Lyotard, una forma de terror y la única manera de evitar que la tragedia de los siglos XVIII, XIX y XX se prolongue se encuentra en el desplazamiento del “lazo social” que ha de ser reconocido y puesto en ejercicio en los “juegos de lenguaje” tal como él los entiende.²⁵

Mala suerte la de la razón. El nazifascismo llevó adelante lo que Lukács llamó “el asalto a la razón”; como respuesta a esta acometida, que paradójicamente sería obra de la razón, Lyotard la declara, pues, *terrorista* y, de paso, arroja por la borda, con toda la modernidad, la rebelión romántica de los siglos XVIII y XIX, de la cual de alguna manera deriva. Ante el mal en el mundo y sobre las lecturas contemporáneas de Nietzsche, atribuirá a la razón, y con ella al concepto, una voluntad de poder, un ansia de avasallar a los otros, expresado todo esto brutalmente en los campos de concentración, espíritu destructivo al que tampoco escapa la “emancipación” en cuanto establecida como Idea reguladora.

¿Cuál es el resultado de todo esto? Pues, denunciadas las pretensiones de la razón, no queda sino refugiarse en lo particular, en lo fragmentario, atomizada la sociedad, además, en redes flexibles e

²⁵ Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1989, caps. 4 y 5, y Ricardo Maliandi, *Dejar la posmodernidad*, Buenos Aires, Almagesto, 1993.

inconmensurables de “juegos de lenguaje” y desconocida la conflictividad social manifestada, entre otras formas, en la lucha de clases. De esta propuesta y de otras equivalentes han derivado cantidad de posmodernos que se dedicaron con fervor, ignaro o no, a colaborar con el proyecto neoliberal y sus esquemas de fragmentación de las estructuras sociales y sin que la denuncia del “terrorismo” de la razón les impidiera aceptar la imposición de aquellos universales sobre los que se monta el mercado financiero. Y para colmo a denunciar toda razón emancipatoria o frenarla con discursos camuflados de “liberación”.

¿A qué conduce esta disfrazada misología que está llegando a término? Según Platón (*Fedón*, 89d-90b) ese odio a la razón tiene el mismo origen que la misantropía. Así como ésta es consecuencia de haber tenido fe sin discernimiento en los seres humanos—esperábamos de ellos ángeles y resultaron también demonios—de la misma manera la misología nace de haber creído en la verdad de universales que luego se nos presentaron en su uso ideológico. Pero en el caso de los posmodernos es más grave, pues el juicio que lleva al rechazo de la razón y sus universales se lo pone en juego habiendo previamente desechado sin fundamentos sólidos ni convincentes una teoría crítica.

Sea como fuere, la verdad es que de hecho se han generado formas discursivas no ajenas a la indiferencia (el *logos amelés* de los antiguos) propia de un escepticismo práctico o una despreocupación por el mundo (insistiendo con los clásicos, un *logos afróntistos*), como expresión de pretendidas conductas no agresivas, pero siempre compatibles, como ya lo dijimos, con las prácticas de fragmentación y, a la vez, de “globalización” del neoliberalismo.

Veamos dos ejemplos lamentables. En uno de ellos se dice que:

En términos generales, la posmodernidad se ha ido configurando en nuestro discurso por los siguientes rasgos: mentalidad pragmático-operacional, visión fragmentada de la realidad, antropocentrismo relativizador, atomismo social, hedonismo, renuncia al compromiso y desenganche institucional a todos los niveles: político-ideológico, religioso, familiar etc. Todo ello es en alguna medida, consecuencia de la derrota del ideal del racionalismo iluminista o científico-positivista unificadores del proyecto moderno.²⁶

¿No es ésta la “racionalidad” que le conviene al poder financiero del Primer Mundo para saquear a los pueblos del Tercer Mundo y concluir por destruir la naturaleza?

²⁶ Manuel Fernández del Riesgo, en Gianni Vattimo, comp., *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 63.

El otro ejemplo de esto que Beatriz Sarlo denomina “el dogma del estallido de las totalidades” llega hasta el absurdo radical. Se trata de un texto de Gilles Lipovetsky en el que campea el inmoralismo no como oposición a las morales vigentes, sino como actitud de radical indiferencia, y en tal sentido de inmoralidad. Este servidor de los poderes mundiales dice:

En la era de lo especular, las antinomias duras, las de lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo real y la ilusión, el sentido y el sinsentido, se esfuman, los antagonismos se vuelven flotantes, se empieza a comprender, mal que le pese a nuestros metafísicos y antimetafísicos, que ya es posible vivir sin objetivo, sin sentido [...] la propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia indiferente puede desplegarse sin patetismo ni abismo.²⁷

Lógicamente que si desconocemos el lugar de la conflictividad que se da en el complejo mundo de las relaciones sociales y lo desplazamos al lenguaje —en particular a juegos de lenguaje inconmensurables jugados por una humanidad atomizada— y si luego, todavía más allá, nos desprendemos del sentido y nos quedamos en un puro significado, lo primero que se nos hace imposible es la crítica, por lo mismo que su motor está dado en la conflictividad social y su posibilidad de acceso a un horizonte de verdad depende del sentido.²⁸

5. *Las formas conflictivas de racionalidad*

Nos vemos pues obligados—ante estas posiciones que han circulado entre nosotros— a dar una respuesta provisional a la urgente revalidación del proyecto emancipatorio, así como a la convalidación de la racionalidad desde un rescate de la crítica, cuyas condiciones generales hemos anticipado. Nos atendremos a dos filósofos poco atendidos en nuestros medios académicos, el griego Cornelius Castoriadis, que proviene, lo mismo que Lyotard, del marxismo, y el canadiense Crawford B. Macpherson, de origen liberal.

Ambos denuncian una razón opresora pero no renuncian por eso a la razón mediante un discurso que para Castoriadis es expresión de resignación culpable y superficialidad. En efecto, frente a aquella razón es posible reconocer formas diversas de racionalidad en las que el

²⁷ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 38.

²⁸ Arturo A. Roig, *Rostro y filosofía de América Latina*, Mendoza, EDIUNC, 1993, pp. 107-111; Carlos Pérez Zavala, Arturo A. Roig, *La filosofía latinoamericana como compromiso*, Río Cuarto, Icala, s/f, pp. 162-163.

concepto y lo universal no necesariamente resultan opresores. Pues bien, para Castoriadis la historia moderna occidental —en cuyos márgenes hemos surgido como “naciones independientes”— se muestra transida por una interna tensión entre un “proyecto de autonomía social e histórica” y otro de expansión ilimitada de lo que llama “dominio racional” y que es propio del capitalismo. El “proyecto de autonomía” supone una razón que no se conforma con los hechos y que opone a ellos la justicia, mas no como un principio universal abstracto, sino como la concreta justicia que reclaman los sectores marginados.

Castoriadis ha mostrado cómo la razón, en cuanto racionalidad propia del capitalismo, con su pretensión de “dominio racional” ha concluido invadiendo y “contaminando” todo otro tipo de racionalidad; entre ellas la que ha movido dentro de la modernidad aquel proyecto de autonomía y cómo esta misma ha perdido lo que la define propiamente, a saber, el espíritu crítico frente a lo dado y establecido, debido, entre otros motivos, a la tentación fundamentalista: la tendencia nefasta de buscar absolutos, certidumbres definitivas, proyectos exhaustivos.

¿Es esto una filosofía de la historia? Si aquel “proyecto emancipatorio” apareciera regido por una “necesidad” y si el sujeto del mismo no fueran los sectores humanos emergentes y en conflicto, sino la “Razón”, sí lo sería. Pero no es el caso. Además, si bien el capitalismo ha contaminado todo tipo de racionalidad, a su vez, en más de una ocasión, ha sido limitado y frenado por el proyecto autonomista. No se ha de olvidar la presencia de lo contingente. Se ha de tener en cuenta que se trata de dos modalidades en el ejercicio de la razón en cuanto el capitalismo es racional respecto de los medios y peligrosamente irracional respecto de los fines, mientras que el proyecto autonomista no sería concebible sin una racionalidad de medios y fines. No está de más que insistamos en que la emancipación se apoya en una racionalidad que no implica aceptar lo dado, precisamente en cuanto afecta de modo real a los sectores marginados y manipulados, y la toma de distancia frente a los hechos es justamente uno de los principios de la crítica. Frente a esto ¿qué hacen los posmodernos? Sobre el falso planteamiento de una razón monosémica y atribuyéndole responsabilidades que son de quienes la ponen en ejercicio, renuncian a la razón y se refugian en una justificación de los hechos, con lo que vienen a aceptar *de facto* a la razón capitalista, así como a la que sostiene el avance de la ciencia y de la tecnología, profundamente contaminada por la primera.

El valor del “posmodernismo” —dice— radica en que refleja servilmente —y, por lo tanto fielmente— las tendencias dominantes. Su miseria es que sólo provee una simple racionalización, tras una apología que se quiere sofisticada y que no es más que una expresión del conformismo y la banalidad. Concertando agradablemente con la cháchara de moda sobre el “pluralismo” o el “respeto a la diferencia” conduce a la glorificación del eclecticismo, al encubrimiento de la esterilidad, a la generalización del principio de que “cualquier cosa es igual” [...] no hay duda de que la conformidad, la esterilidad y la banalidad en cualquier cosa, son los rasgos característicos de este periodo.

En resumen, una total decadencia manifiesta en lo que se refiere a creación intelectual que ha conducido al refugio en una hermenéutica o en prácticas “deconstructivas” y que ha concluido, en fin, en la glorificación del “pensamiento débil”.²⁹

Veamos ahora, apretadamente, la posición de Macpherson, autor repudiado por los neoliberales. Su gran esfuerzo teórico se encuentra en el intento de rescatar para la democracia los aspectos positivos de la tradición liberal, mas para ello —y en esto su posición se aproxima a la de Castoriadis— era necesario limpiarla de aquella “contaminación” ejercida —en este caso según Macpherson— sobre el liberalismo por el capitalismo. Dicho de otro modo: nos propone rescatar los valores sociales contenidos en el liberalismo, entendido como uno de los aspectos teóricos y políticos del proyecto emancipatorio de la modernidad. Dice así Macpherson que

no es forzoso adoptar la actitud de que la postura liberal ha de depender eternamente de que se acepten los supuestos capitalistas, aunque históricamente se haya entendido así. El que los valores liberales hayan surgido en sociedades capitalistas de mercado no es en sí mismo motivo para que forzosamente se haya de limitar para siempre a esas sociedades el principio clave del liberalismo: la libertad del hombre y de la mujer para realizar sus capacidades humanas.³⁰

La fórmula sería, pues, la de una democracia liberal limpia de la racionalidad del mercado y restituida a lo que Macpherson considera como un liberalismo que tiene sus antecedentes en el modelo de democracia de John Stuart Mill, para quien esta forma de gobierno ha de funcionar sobre un “modelo moral”, cuyo sentido está dado por el

²⁹ Cornelius Castoriadis, “La época del conformismo generalizado”, en *El mundo fragmentado*, Buenos Aires, Altamira, 1995, pp. 11-22.

³⁰ Crawford B. Macpherson, *La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza, 1977, p. 10.

logro de una plenitud humana, gracias al desarrollo de las capacidades. En resumen, una radicalización de la tradición liberal (en algún momento de su libro piensa que se la podría denominar de otra manera) depurada del economicismo capitalista. Así, pues, si el liberalismo nació atado al capitalismo y éste construyó su versión de él, no dejó de contener, según Macpherson, los ideales de un liberalismo al que podríamos llamar libertario, enfrentado a la racionalidad de mercado desde la cual únicamente podía surgir una “racionalidad posesiva”.

Más allá de que el liberalismo real pueda ser rescatado como expresión de una voluntad emancipatoria, los textos de Macpherson nos impulsan a una nueva lectura del proceso de formación ideológica de nuestras naciones, que han sido y son “liberales” y “capitalistas”. Para él, como para Castoriadis, la modernidad se presenta con una interna tensión —documentada por Macpherson con textos de Mill, tan próximos, en cuanto denuncia de la miseria del proletariado, a los de Marx— que supone formas de racionalidad en conflicto. Y aun cuando esa idealización o radicalización del liberalismo no vaya más allá de lo utópico, tanto respecto del pasado como del futuro, bueno sería rescatar esas utopías dentro de nuestra propia tradición, las que han jugado como armas ideológicas en la lucha contra la contaminación y el imperio exclusivo de la racionalidad capitalista. Por último, vale la pena tener presente que la propuesta de “democracia participativa” de Macpherson es, aun cuando no lo diga abiertamente, un intento de compatibilizar los aspectos morales rescatables en el concepto de “libertad burguesa” con una democracia social.³¹

6. La teoría de la dependencia y su urgente reformulación

TRES cuestiones filosóficas de importancia hemos visto. La primera surgió a propósito de las categorías de “imperio” e “imperialismo”, en cuyo tratamiento se mantiene el recurso a enfoques de tipo estructuralista sobre cuya base se introducen formas de desocialización de los hechos o de deformación de su realidad social, desde lo cual se puede mantener la tesis de la “muerte del sujeto” y junto con ello de la responsabilidad moral y política. Sobre análisis de este tipo, tan propios de los planteos de Michel Foucault y de Jean Baudrillard, todos somos criminales o represores, lo cual significa que no lo es ninguno y no nos queda otra sino aceptar los hechos. Y de aquí surge otra de las tareas urgentes en

³¹ Fernando Quesada, “C. B. Macpherson: de la teoría política del individualismo posesivo a la democracia participativa”, en José María González y otros, *Teorías de la democracia*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 267-310.

cuanto que el análisis de estructura es siempre importante —como lo es la obra de Foucault— pero también es importante su decodificación ideológica, tal como lo ha hecho Atilio Borón. No es cierto que vivamos siempre de noche y que todos los gatos sean pardos.

La segunda se nos hizo presente ante otra falacia que afirma una equivalencia absurda entre “universalidad” y “terror”, lo que invalida toda categoría, por lo mismo que en cuanto concepto mienta siempre lo universal. Rebatir esta tesis nos permite justificar las luchas por la emancipación, aun cuando históricamente hayan estado condicionadas e impedidas y hasta desvirtuadas. Lo importante es poner en claro que no es la categoría de “emancipación” en sí misma la que generaría “terror”: éste se produce como una de las consecuencias del uso encubridor ideológico de los universales, cuestión de la que son responsables los seres humanos, no las categorías.

La tercera surge de la atribución a la razón en sí misma de la responsabilidad de los errores y también de los horrores de la modernidad, o mejor, de los hombres “modernos”. La conflictividad entre formas de racionalidad —como es por ejemplo la que se da entre una “razón emancipadora” ejercida desde sectores emergentes y la “razón del capital”— es un hecho social y plantea el rescate de la categoría de “clase”, así como de otros colectivos.

Y ahora tendríamos que ocuparnos de otra categoría que ha sido asimismo manipulada falazmente hasta borrarla del lenguaje social y político: la de “dependencia”. Por de pronto y en primer lugar, nos vemos obligados a señalar la distinción entre “independencia” y “emancipación”. Ateniéndonos a los usos de ambos en nuestra literatura política, en general se ha entendido el primero como “independencia política” y es afín, en tal sentido, a la expresión “guerras de independencia”, “naciones independientes” etc.; y el otro ha sido por lo general referido, y en particular en el siglo XIX, a “emancipación mental” o de hábitos heredados de servidumbre, opresión etc., como lo veremos más adelante.

Pero veamos la categoría que ahora nos interesa, la de “dependencia” de la cual, según decía Halperín Donghi, se había dejado de hablar. Mónica Peralta Ramos señaló con acierto que la “dependencia” no es un concepto que se diferencie nominalmente del concepto más general de “imperialismo” y que “su valor reside en el hecho de que apunta a la manifestación concreta de dicho fenómeno en el país, o en países sometidos a la relación de dominación”.³² Ateniéndonos a esta

³² Mónica Peralta Ramos, *Etapas de acumulación y alianza de clases en la Argentina (1930-1970)*, México, Siglo XXI, 1972, p. 15.

observación, cabría ahora que preguntáramos sobre la presencia real de manifestaciones imperialistas y proimperialistas en nuestra región, para lo cual deberemos reconocer una relación de dependencia general que no sólo es el fruto de las políticas de un imperio, sino de varios a lo largo de nuestra historia, que son por lo menos cuatro: el español y el portugués, el británico y, actualmente, el norteamericano. Y en relación con ella, reconocer formas abiertamente institucionalizadas de dependencia con muchos matices intermedios pero dentro de los cuales se destacan las “colonias” y los “protectorados”, que creíamos que habían pasado a la historia vergonzosa del colonialismo europeo. No vamos a hablar de nuestra etapa colonial española y portuguesa, que por lo demás muestran diferencias entre ellas, pero sí vamos a ocuparnos de los actuales proyectos de “protectorado” y aun de “colonias” generados desde Estados Unidos y con el apoyo de sectores nacionales y de otras potencias que integran el llamado G7, según ha sido denunciado en nuestros días.

Pero antes regresemos a la cuestión de la “dependencia”. A propósito de ella y en cuanto realidad vivida y sufrida por nuestros pueblos, se formó una escuela en Santiago de Chile entre los años de 1969 y 1974, que elaboró una “Teoría de la dependencia” y que estaba integrada por un número calificado de investigadores sociales. Esta teoría, más allá de las polémicas que suscitó, todas altamente fecundas, corrió la misma suerte de las categorías que hemos comentado, y su rescate y actualización a los tiempos que vivimos —sumada la experiencia de los años que han pasado, así como su incorporación al ámbito académico universitario— es tarea perentoria e insoslayable. A propósito de lo que acabamos de decir debemos celebrar la aparición del libro de Theotonio dos Santos, uno de los miembros destacados del equipo al que nos referimos antes, *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*, editado en este año de 2002 en México y que es un *aggiornamento* teórico e histórico del célebre libro anterior del mismo Theotonio *Dependencia económica y cambio revolucionario en América Latina* (1970).³³

Mas antes de referirnos a la Argentina “dependiente”, que es tema largo y denso y cuyos planteos iniciales se remontan a la primera década del siglo XIX, y de hablar de la República Argentina como “protectorado” o “colonia”, debemos hacer todavía algunas consideraciones terminológicas a propósito del concepto de “dependencia”. Por de pronto es necesario aceptar que hay formas de dependencia que, reconocidas y

³³ Theotonio dos Santos, *Teoría de la dependencia: balance y perspectiva*, México, Siglo XXI, 2002.

admitidas en su justo sentido, no afectan necesariamente a la soberanía de una nación, así como hay una relación recíproca de interdependencia de igual sentido. Para esta compleja problemática —que supone la cuestión de la definición y práctica de una soberanía— será necesario alcanzar un claro nivel de doctrina, así como adoptar actitudes que nos ayuden a percibir y superar las formas de dependencia interna relacionadas con políticas de marginación y exclusión. Diremos que únicamente desde programas políticos nacionales y continentales —nos referimos en particular a nuestra necesaria integración con el Mercosur y, en general, con América Latina y el Caribe— que signifiquen la realidad de formas libres y creadoras de inclusión en sus más diversos sentidos y que, decididamente, enfrenten las de marginación y exclusión, podremos desafiar con la frente bien alta las pretensiones imperiales de dependencia.

Hechas estas consideraciones generales pasemos a comentar los actuales proyectos de dependencia bajo la forma de “protectorados” y de “colonias”.

7. Argentina: ¿protectorado o colonia?

LA denuncia de la situación colonial de la República Argentina respecto del Imperio Británico, hechas por Raúl Scalabrini Ortiz en la década de los treinta del siglo pasado, han cobrado vida como consecuencia de una situación histórica tal vez mucho más grave. Para un grupo de tecnócratas de Estados Unidos hay países que pueden ser considerados como “Estados fracasados” (*failed states*) que por ese motivo constituyen un “peligro”, en particular con relación al terrorismo y el narcotráfico puestos como pantalla de los intereses económicos, y con los que se justifica la intervención armada o pacífica por parte de las naciones que “sostienen” el “orden mundial”. En América Latina son considerados como “Estados fracasados” Colombia y Haití, a los que se agrega ahora Argentina, todos en un nivel equivalente al de Yugoslavia en Europa, Afganistán e Irán en Medio Oriente y Ruanda, Somalia y Sierra Leona en África.

Así, pues, dentro de ese típico esquema geopolítico, un grupo de economistas del Instituto Tecnológico de Massachusetts, un alemán que acaba de fallecer, llamado Rudiger Dombusch, y un chileno, un tal Ricardo Caballero, han declarado que para salir de la crisis que la afecta en cuanto “Estado fracasado”, la Argentina necesita tener “un equipo de experimentados banqueros” que se hagan cargo de su caótica economía.

Lo grave del asunto se encuentra en que no se trata de una opinión personal y de meras circunstancias, sino de una idea compartida en diversos organismos de poder de Estados Unidos: círculos académicos y centros de estrategia militar norteamericana.³⁴

Pero lo más increíble no concluye ahí. Con motivo de la reacción que ha tenido lo que se considera, sin más, como la conversión de la República en “protectorado”, por lo menos hasta tanto se ordene económicamente el país, por supuesto dentro de los criterios de los organismos mundiales, la candidata a la presidencia de la República del partido “Unión por todos”, Patricia Bullrich, que se hizo conocer por su abiertapolítica antiobrera siendo ministra de trabajo de la Nación, ha lanzado un proyecto que si bien, y según su opinión, no sería “humillante”, no se aparta en lo esencial de la propuesta Dornbusch-Caballero. A tal extremo ha llegado la venalidad de los sectores gobernantes.

El texto de Dornbusch dado a conocer dice:

Las instituciones argentinas no funcionan, el gobierno no tiene reputación y la cohesión social ha colapsado. El mundo deberá proveer apoyo financiero a la Argentina. Es necesario que el país acepte realizar reformas y manos extranjeras tomen el control y la supervisión del gasto, la emisión de moneda y la administración de impuestos. Es una ayuda-intervención como sucedió en Austria al final de la segunda Guerra. Un equipo de banqueros extranjeros debería tomar el control de la política monetaria.

La propuesta del modelo “austriaco” no deja de llamar la atención, pues fue aplicado a un país derrotado junto con la Alemania nazi, de la que formaba parte, y a la sazón ocupado militarmente por tropas “aliadas”, entre ellas las norteamericanas.

Pero el asunto no se queda en la propuesta transcrita. Nos enteramos que hay en Estados Unidos quienes sostienen actitudes abiertamente imperialistas. En efecto, se plantea la cuestión: ¿Estados Unidos es o no es una potencia imperial? La pregunta es respuesta a una declaración del presidente Bill Clinton, quien dijo: “Estados Unidos es la única superpotencia no imperialista de la historia”.

Pero sucede que los países “pobres”, países “fracasados”, cada vez ofrecen mayores peligros, como lo habría probado el terrorismo que ha afectado de modo directo a la población norteamericana, y no queda otra salida que la de practicar un imperialismo si se pretende evitar situaciones de ese tipo. Más tarde, el presidente Bush agregaría

³⁴ “El fantasma del protectorado”, *Clarín*, 9-vii-2002.

a esta posición la tesis de las “guerras preventivas”. Pietro Ingrao, presidente de la Cámara de diputados de Italia, acaba de recordar en declaraciones hechas públicas en Barcelona que el concepto de “guerra preventiva” fue acuñada por los nazifascistas y puesto en práctica por ellos.³⁵

Por su parte, un tal Sebastián Mallaby, columnista del *Washington Post*, afirma que la propuesta “no imperialista” de Clinton ha demostrado no ser efectiva para resolver las amenazas posibles que implican los “Estados fracasados”, por lo que la pobreza del Tercer Mundo hace necesario el imperialismo. Los países ricos no son responsables, además, de la mala administración por la cual los pobres son pobres. Y así, pues, dentro de este esquema la “ayuda-intervención” habrá de ser una intromisión benefactora de un Estado imperialista o que actúa desde políticas abiertamente imperiales, con lo que la relación habrá de ser sobre la base de las categorías “metrópoli-colonia”. A esto se ha de agregar el crecimiento de bases militares estratégicas norteamericanas en América Latina.

Terminaremos esta parte recordando que estos intentos no son nuevos y al efecto mencionaremos dos casos manifiestos de “proteccionado” que ponen en evidencia la intención que mueve históricamente al “proteccionismo”: el resguardo de los intereses económicos de los países más fuertes frente al “incumplimiento” de “deudas” de los países sobre los que se ejercen formas de dominación, así como el asegurar, al margen de la satisfacción de aquellas deudas, la explotación de los recursos humanos y naturales de las naciones controladas.

Veamos dos casos de “proteccionado” que nos interesan particularmente en cuanto fueron contemporáneos a las luchas libertarias de Manuel Ugarte, de cuya figura nos ocuparemos ya para terminar.

En Nicaragua, ocupada por tropas norteamericanas en 1917, se creó una comisión integrada por tres miembros, dos de los cuales eran norteamericanos, para estudiar los problemas de la deuda y como consecuencia se dispuso intervenir las aduanas del país. Las tropas norteamericanas, que habían ocupado Santo Domingo un año antes, manifestaron entonces al presidente de la República Dominicana que

las tropas de ocupación estaban, según el representante de Estados Unidos, dispuestas a abandonar el país siempre que el presidente aceptara que la hacienda pública de Santo Domingo fuera controlada por un superintendente norteamericano y que la fuerza armada del país fuera mandada, en adelante,

³⁵ Julio Nudler, “La candidata de Dornbusch”, *Página 12*, 20-vii-2002. Las declaraciones de Pietro Ingrao salieron en *El País* (Madrid), 5-x-2002.

por un norteamericano. Pedían, además, el privilegio de refrendar los cheques y pagos del gobierno y el derecho de asesorar a los ministros.

Ante el rechazo de estas exigencias, estando como estaban las aduanas del país en poder de las tropas norteamericanas y siendo ésta la fuente casi exclusiva de entradas de la República, se negó al gobierno toda posibilidad financiera de subsistir y durante seis meses fue el gobierno pobre, el gobierno mendigo, que tuvo que pedir a sus empleados que no cobraran... Al final, el presidente renunció y se hizo cargo del gobierno el capitán Knapp.³⁶

¿Cuál fue la actitud de los argentinos en esos años? ¿Fue la de la “unión camal”? Veamos lo que nos cuenta Norberto Galasso, siguiendo a su vez lo que narra Manuel Ugarte. En mayo de 1919 falleció en Montevideo el poeta mexicano Amado Nervo. El Estado uruguayo resolvió trasladar sus restos a su patria en el vapor *Uruguay*, que navegó escoltado por el crucero de guerra argentino *9 de Julio*. Este navío, de regreso, hizo puerto en Santo Domingo y, nos cuenta también Ugarte:

Detenido frente al puerto, se niega a saludar la bandera norteamericana que flamea a lo alto del Fuerte. El comandante del barco, por expresa disposición del presidente de la República, Hipólito Yrigoyen, no efectúa los saludos de práctica y recién pocas horas después, cuando un grupo de mujeres agitan desde la orilla la bandera dominicana, se oyen los veintinueve cañonazos con que la Argentina saluda al pequeño país sojuzgado.³⁷

8. *La necesidad de una Segunda Independencia*

Es necesario aclarar que el hecho denominado “Independencia”, tanto como el de “Emancipación”, no fueron asuntos puntuales tal como se los narra a los niños en las escuelas, sino un proceso que, ahora lo vemos con claridad, es tarea permanente y mucho más compleja que la que presentan las historias oficiales.

Asimismo es necesario diferenciar entre los conceptos de “independencia” y “emancipación”, tal como anticipamos, en cuanto actos complementarios que no se suponen necesariamente. En efecto logramos ser independientes de un poder como fue el metropolitano español o el portugués, pero bien pronto descubrimos que no estábamos emancipados respecto de prácticas sociales y políticas heredadas de

³⁶ Norberto Galasso, *Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Universitaria, 1975, tomo II, pp. 65-66.

³⁷ *Ibid.*, II, p. 92.

aquellos regímenes, hecho que restaba alcances y efectividad a la independencia alcanzada.

Antes de las llamadas guerras de la independencia, ya Francisco Miranda, a fines del siglo XVIII, hablaba de la necesidad de lograr lo que el denominaba “independencia política” y “emancipación mental”, con lo que establecía diferencias entre un hecho y el otro, si bien al parecer los pensaba simultáneos o, por lo menos, que así debían serlo.³⁸ Más tarde, lograda la independencia respecto del poder español en el territorio de la Gran Colombia, Simón Bolívar denunciará que “somos libres” pero que, sin embargo, seguimos sujetos a aquel poder. En efecto en el célebre *Discurso de Angostura* (1819) dice: “Nuestras manos están libres y todavía nuestros corazones padecen las dolencias de la servidumbre”. A partir de ese momento, podría decirse que de un modo constante aparecen en Sudamérica ambas tareas, las de independencia y emancipación, como escindidas, una lograda y la otra no alcanzada aún.

Los románticos, ya definitivamente consolidada la independencia sudamericana en 1824, heredaron la problemática en esos términos, tal como lo vemos en Juan Bautista Alberdi y otros que le fueron contemporáneos. Recurriendo a una metáfora de la época (“Oíd el ruido de rotas cadenas” decía el himno nacional argentino adoptado en 1813) y desconociendo que la cuestión había sido ya anticipada por Bolívar, Alberdi nos habla de un primer momento en el que rompimos las cadenas mediante las armas, pero que faltaba todavía quebrar otras, lo que será obra del pensamiento. “Nos resta conquistar sin duda —decía Alberdi en 1838— pero no en sentido material. Pasó el reinado de la acción; entramos en el del pensamiento”.³⁹ Éste fue el marco del cual surgió el proyecto alberdiano de una “Filosofía americana” (1840) que tuvo en sus orígenes un claro sentido de programa filosófico libertario.

No vamos a hacer el recuento de esta larga historia que aún no ha sido hecha pormenorizadamente y que llega hasta nuestros días. Hemos de hablar, sin embargo, de las luchas de Manuel Ugarte, en las primeras décadas del siglo XX, en quien la temática de independencia y emancipación adquiere una formulación claramente diversa de los

³⁸ Carmen Bohórquez, “La tradición republicana. Desde los planes monárquicos hasta la consolidación del ideal y la práctica republicanas en Iberoamérica”, en Arturo A. Roig, ed., *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Madrid, Trotta, 2000 (*Enciclopedia iberoamericana de filosofía*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tomo 22), p. 65.

³⁹ Juan Bautista Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (Buenos Aires, 1838), Buenos Aires, Hachette, 1955.

planteos típicos del siglo XIX. En efecto, vuelven ambos objetivos a reunificarse tal como inicialmente aparecen en los escritos pre-independentistas de Francisco Miranda. ¿Por qué? Pues porque para Ugarte el continente, así como el Caribe, se encontraban amenazados de perder la independencia lograda a inicios del siglo XIX debido a los avances del imperialismo norteamericano y su expansión mercantil y militar, tal como lo mostraban las entonces recientes agresiones a México, Nicaragua, Panamá y Santo Domingo, a más de los permanentes ataques sufridos a lo largo de todo el siglo XIX. Así, pues, si la tarea de emancipación mental se había justificado siempre, pensada como lucha a favor de una democracia de repúblicas que tenían asegurada su independencia política, ahora volvíamos al planteo inicial, dada la actividad del nuevo imperialismo. A esta denuncia de Ugarte se sumó, más tarde, la de Raúl Scalabrini Ortiz, en su lucha contra la injerencia británica en el Río de la Plata.

Otra cuestión se relaciona con los alcances que se han dado y que se habrían de dar al concepto de “emancipación mental” tal como surge de los planteos del mismo Ugarte. Desde un punto de vista teórico podríamos caracterizarla como la exigencia —y también la necesidad— de darle forma a una eticidad que fuera adecuada a un contrato social en el que se asegurara la igualdad y la justicia. Por cierto no la igualdad meramente jurídica del liberalismo clásico: en efecto, cuando Bolívar afirmaba que seguíamos, a pesar de habernos independizados, con hábitos que derivaban de un régimen de servidumbre, esto puede ser entendido como el reclamo de un cambio imprescindible de ética, en el sentido de la construcción de un nuevo *ethos*, sin lo cual una vida republicana y democrática era imposible.

Pero la “emancipación mental” ha tenido otras connotaciones, las que precisamente nos llevaron, hace unos años, a hablar de la necesidad de una relectura de la cuestión. Decíamos, en efecto, que si bien ese programa de emancipación seguía vigente, el mismo debía ser sometido “a un proceso de revisión y crítica, que habrá de ser en gran medida de autocrítica” y agregábamos que esa tarea, a la cual la historia de las ideas podía contribuir, excedía, sin embargo, las aulas universitarias “e incluso la tarea intelectual, por ineludible que ésta sea”.⁴⁰

⁴⁰ Arturo A. Roig, “El valor actual de la llamada Emancipación mental”, en nuestro libro *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina*, México, UNAM, 1981, p. 72. Una visión de la problemática de independencia y emancipación que supone una comparación del proceso continental sudamericano con el proceso antillano se encuentra en los escritos de José María de Hostos, cf. Adriana Arpóni, *Eugenio María de Hostos: un hacedor de la libertad*, Mendoza, EDUCC, 2002, pp. 117 *et passim*.

En efecto, si pensamos que el programa educativo impuesto por Sarmiento y su generación y difundido por el normalismo, mas allá de todas sus contradicciones, no fue ajeno a formas autoritarias, así como si pensamos en el programa de “psicología de los pueblos”, quehacer típico del mismo siglo XIX que intentaba ser la herramienta indispensable para señalar la conformación de las mentalidades que habían de ser repudiadas y en lo posible extirpadas, fue en sus principales autores un saber fuertemente racista, no cabe duda que la emancipación mental resultó ser en muchos casos una forma de violencia ejercida claramente contra ciertos sectores de la población.⁴¹

Si retomamos la problemática de la emancipación mental desde el punto de vista de una reforma de la eticidad heredada, el proyecto republicano-democrático, por el cual se decidieron las minorías que llevaron adelante nuestra organización nacional, no hubiera alcanzado un cierto nivel de ciudadanía, con todas las limitaciones e imperfecciones que inevitablemente se dieron. Y si pensamos que en nuestros días la crisis generalizada y profunda por la cual estamos pasando ha alcanzado no sólo al Estado, sino también a la sociedad civil, se tendrá una conciencia de la importancia que tiene esta vieja cuestión de la “emancipación mental”. La democracia, y particularmente los ideales de una democracia participativa de claro sentido social, dependen de la emancipación de la que estamos hablando, con el agravante de que además estamos al borde de perder lo poco que nos queda de independencia, por lo que la tarea, tal como la vio Ugarte en su momento, muestra dos frentes y de alguna manera hemos regresado al punto desde el que partió Francisco Miranda: un mundo colonial y una mentalidad colonial.

Concluiremos leyendo un manifiesto lanzado por Manuel Ugarte en 1927, desde Valparaíso, en plena lucha de Sandino en Nicaragua. Esta dirigido a la “juventud latinoamericana”, pero también al “pueblo” y “a las masas anónimas eternamente sacrificadas”, a la vez que denuncia a “los tiranos infecundos”, a las “oligarquías estériles” y “a la plutocracia que más de una vez entrelazó sus intereses con el invasor”, categorías sociales no claramente definibles todas ellas pero que expresan vivamente por dónde pasaban las líneas de conflicto de la sociedad de la época. Debemos aprender nuevamente a leerlas en cuanto que había sectores sociales en actitud de emergencia y de dignidad humana, enfrentados a minorías venales instaladas en las democracias de la época, cuyo

⁴¹ Arturo A. Roig, “Introducción” al libro de Alfredo Espinosa Tamayo, *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, 1979, parágrafo titulado “Los antecedentes hispanoamericanos y europeos de la psicología de los pueblos”, pp. 79-96.

discurso del poder se encontraba contaminado, según la expresión de Castoriadis, por las formas más groseras de la racionalidad capitalista. En otras palabras, se dirigía a grupos, sectores y clases que, más allá de toda venalidad, aún mostraban virtudes ciudadanas. ¿Y qué les pedía? Pues solidaridad con las hermanas y hermanos de nuestra América sometidos al saqueo, la agresión y la muerte, como deberíamos pedirlo en nuestros días en los que inmensas masas de población padecen desocupación y hambre por obra de una plutocracia que “ha entrelazado sus intereses” con los centros mundiales de dominación económica para cuyos organismos lo nacional no es de ningún modo prioritario. Frente a esta situación de dependencia acompañada de impunidad y corrupción, la tarea es doble: se hace urgente abrir un frente de lucha por el rescate de la independencia perdida y poner en marcha una segunda independencia, así como es necesario y urgente promover una emancipación mental, no sólo ante los modos de pensar y obrar de las minorías comprometidas con el capital trasnacional y las políticas imperiales, enfrentados a los intereses de la nación, sino ante la contaminación ideológica generada por las prácticas de una cultura de mercado en las que se subordinan las necesidades (*needs*) a las satisfacciones (*wants*). Una vez más debemos hablar aquí de “contaminación” y definir la emancipación mental como lucha contra ella, hasta reducirla, de ser posible hasta una mínima burbuja. Así pues, ya no se habla de un “pueblo ignorante” que ha de ser educado a efectos de que el país pueda ingresar en el torrente del progreso, objeto en el que fijaron la emancipación mental las minorías del siglo XIX y buena parte de las del XX, sino de limpiamos todos de aquella “contaminación” que en algunos ha alcanzado grados de inmoralidad profunda. Y ése era ya el fenómeno que señalaba Ugarte. Veamos, pues, su olvidado mensaje.

Manifiesto a la juventud latinoamericana

TRES nombres han resonado durante estos últimos meses en el corazón de América Latina: México, Nicaragua, Panamá. En México, el imperialismo se afana por doblar la resistencia de un pueblo indómito que defiende su porvenir. En Nicaragua, el mismo imperialismo desembarca legiones conquistadoras. En Panamá, impone un tratado que compromete la independencia de la pequeña nación. Y como corolario lógico cunde entre la juventud, desde el Río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, una crispación de solidaridad, traducida en la fórmula que lanzamos en 1912: “La América Latina para los latinoamericanos”. Es indispensable que

*la juventud intervenga en el gobierno de nuestras repúblicas, rodeando a hombres que comprendan el momento en que viven, a hombres que tengan la resolución suficiente para encararse con las realidades. Se impone algo más todavía. El fracaso de la mayoría de los dirigentes anuncia la bancarota del sistema. Y es contra todo un orden de cosas que debemos levantarnos. Contra la plutocracia que, en más de una ocasión, entrelazó intereses con los del invasor. Contra la politiquería que hizo reverencias ante Washington para alcanzar el poder. Contra la descomposición que, en nuestra propia casa, facilitó los planes del imperialismo. Nuestras patrias se desangran por todos los poros en beneficio de capitalistas extranjeros o de algunos privilegiados del terruño, sin dejar a la inmensa mayoría más que el sacrificio y la incertidumbre. La salvación exige energías nuevas y será obra sobre todo de las generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas eternamente sacrificadas. Una metamorfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el fondo para hacer, al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud. Sería inadmisibles que mientras todo cambia, siguieran nuestras repúblicas atadas a tiranos infecundos, a las oligarquías estériles, a los debates regionales y pequeños, a toda rémora que ha detenido la fecunda circulación de nuestra sangre. Al dirigirme hoy a la juventud y al pueblo, no entiendo reclamar honores. Los hombres no son más que incidentes; lo único que vale son las ideas. Vengo a decir: hay que hacer esta política aunque la hagan sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer y háganla porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas. Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república a un acercamiento entre todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por las ideas. HAY QUE REALIZAR LA SEGUNDA INDEPENDENCIA, renovando el continente. Basta de concesiones abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolorosos, de desórdenes endémicos y de pueriles pleitos fronterizos. Remontémonos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso, sólo podemos confiar en el porvenir.*⁴²

⁴² Texto en Galasso, *Manuel Ugarte* [n. 36], tomo II, pp. 137-138.